

de lo ininteligible), que causa la impresión de ser esquemática y reiterativa.

En suma: René Marqués es un narrador hábil y domina su oficio; pero no siempre tiene en cuenta que las vivencias y los sentimientos personales deben trascender a lo universal para poder transformarse en valores artísticos.

C. V.

FERNANDO BENÍTEZ, *Viaje a la Tarahumara* (Fotografías de Nacho López). Biblioteca Era. México, 1960, 86 pp.

EN LA POESÍA, la novela, el teatro o el ensayo, la actitud fundamental de los escritores contemporáneos reside en la preocupación —lúcida o desesperada— por hacer de la literatura un método de conocimiento, un intento por determinar la respuesta a un problema capital: el destino, el sentido y la razón de la existencia. Más que crear un arte de diversión, más que representar una sociedad y los personajes que la habitan; lo que importa es dar conciencia al hombre de su oposición al universo que lo encierra, un universo continuamente objeto de interrogantes, en acusación. Esa literatura de testimonio lo es también de salvación, de compromiso, de una moral basada, específicamente, en la denuncia y la rebeldía. Así lo ha sentido Fernando Benítez al aceptar su responsabilidad de escritor en crónicas y reportajes que se proponen ofrecernos actos y sucesos de los que ha sido testigo. Rechazando el anecdotario superficial, evitando los peligros del sensacionalismo, Benítez ha revisado, exaltadamente, los valores humanos a través de uno de los grandes movimientos políticosociales del continente americano (*La batalla de Cuba*), o de su convivencia con un sector de la población más olvidada de México (*Ki, el drama de un pueblo y una planta, Viaje a la Tarahumara*). Relatándonos sus recuerdos e impresiones de comarcas tan disímiles y distantes como Yucatán y la Sierra Tarahumara, nos obliga a asistir a la revelación de un mundo desconocido que parece imposible a nuestros ojos de "gentes civilizadas", a sentir en carne viva la existencia miserable de hombres y mujeres víctimas de fuerzas criminales, a compartir su denuncia y su indignación, a contribuir en el sostenimiento de una protesta que, por desgracia, no ha encontrado todavía oídos comprensivos.

Si *Ki, el drama de un pueblo y una planta* mostraba la situación de los indios de Yucatán bajo la explotación henequenera con la objetividad de datos estadísticos, encuestas y entrevistas y evitaba toda intención literaria, el *Viaje a la Tarahumara* adquiere mayor dignidad gracias al dramatismo que prevalece en una prosa que narra, limpiamente, la condición de un pueblo inocente, a la eficacia de un tratamiento directo, al retrato de un paisaje hostil a sus habitantes, al relato de costumbres familiares que rebasan el documento antropológico o el interés meramente exótico para alcanzar situaciones dostoyevskianas, una voz que parece nacida del teatro de Bert Brecht

(recordemos las emocionantes conversaciones, la representación de un juicio, la onírica carrera, los testimonios de los maestros, las sesiones en que se habla de dinero y justicia, el futuro sin remedio que aguarda a todo un pueblo).

Al mismo tiempo que un documento más eficaz que las reseñas e informes de los organismos especializados, Benítez ha logrado, con el *Viaje a la Tarahumara* un hermoso, dolorido intento por determinar la realidad de un mundo que bien puede simbolizar el nuestro y una muestra más de lo que puede y debe hacer un auténtico periodista. Las fotografías de Nacho López, excelentes, subrayan la verdad de ese mundo.

J. V. M.

SEMINARIO DE CULTURA NÁHUATL, *Estudios de Cultura Náhuatl*. V. II. Instituto de Historia, UNAM. México, 1960, 218 pp., 3 láms., 1 mapa.

CUANDO Ángel María Garibay publicó en 1953 la *Historia de la literatura náhuatl*, se inició en México un movimiento académico que tiende a incluir al idioma náhuatl dentro de los marcos de la investigación histórica que se realizan. Movimiento que ha venido dirigiendo y estimulando al doctor Garibay desde el Seminario de Cultura Náhuatl del Instituto de Historia de la UNAM.

Resultado de los trabajos del seminario fue el volumen I de *Estudios de Cultura Náhuatl* (1959) que aportó una bibliografía exhaustiva sobre el tema (1950-1958). Ahora en el segundo volumen ofrecen trabajos sobre toponimia, códices, historia, etnología, etnografía y lingüística, y una bibliografía sobre cultura náhuatl publicada en 1959.

Anuncian una publicación próxima a salir: *Relaciones socio-económicas de los aztecas en los siglos XV y XVI* de Friedrich Katz (Universidad de Viena), y anticipan aquí un capítulo (en alemán) sobre las culturas inca y azteca que aparecerá en el texto español.

Fernando Anaya Monroy colabora con una síntesis de los trabajos que ha presentado ante el Congreso Mexicano de Historia, sobre toponimias indígenas de Zacatecas, Aguascalientes, Guerrero, Tlaxcala y el noroeste de México. Revisa el desarrollo de las investigaciones toponímicas mexicanas, y puntualiza que, la importancia de esta disciplina consiste en que procura datos no sólo sobre flora y fauna, sino sobre el paisaje moral del sitio.

Más adelante aparecen tres láminas con reproducciones del Códice Azteca del Museo del Ejército de Madrid que, junto con su transcripción y traducción, José Alcira Franch presenta al público por primera vez, dando noticia sobre el pueblo de Tlamampa, sujeto a Otumba en 1590.

Comenta Arthur J. O. Anderson sobre Sahagún y su espíritu indigenista.

Anderson aprecia un proceso hispanicista o aculturativo para la época de Sahagún, que se muestra por el manejo ágil del español en el habla de los indígenas del Colegio de la Santa Cruz, quienes en ocasiones tomaban espontáneamente vocablos castizos para afianzar su prosa náhuatl; o por una simplificación del lenguaje náhuatl; o por una actitud indígena alejada de resentimiento ante la intrusión cultural, entre otras cosas. Buena parte de esta feliz disposición, cree él, se produjo gracias al trato que Sahagún dio a los informantes nativos, a quienes dejaba expresarse libremente, actitud comprensiva que sentó bases sólidas para un proceso de cambio cultural.

Hay textos sobre el Día de Muertos, Rezaderos y Agüeros, que aportan etnografía de Milpa Alta, D. F., y la zona de Necaxa, ambas de la cultura náhuatl.

Samuel Martí señala algunas de las correlaciones de los colores, números y rumbos con las deidades de los panteones prehispánicos. Añade una bibliografía sobre el tema.

Juan A. Hassler ofrece los resultados de sus investigaciones sobre los fonemas del náhuatl antiguo en los Tuztlas, Ver.

Miguel León-Portilla da una lista de 28 "nahuatlismos", palabras que tomadas del náhuatl se han incorporado al castellano, usadas hoy en Filipinas. Gran parte de ellas se refieren a alimentos y objetos de uso doméstico.

Ignacio Bernal señala una posibilidad de usar valientemente el esquema histórico dado por Arnold J. Toynbee en su *A study of history* (Londres, 1948), ajustándolo a las más recientes conclusiones de arqueólogos e historiadores. Bernal plantea su disquisición desde un plano etnohistórico que da una nueva panorámica de la antropología mesoamericana, y que permitirá un ordenado planteamiento de hipótesis en este campo.

Cinco estudiantes del Seminario colaboraron con trabajos: A. López Austin analiza los primeros capítulos del apéndice al tercer libro del Códice Florentino, donde se trataba de los tres caminos que seguían los muertos. Jacqueline Forest traduce al francés el discurso que las madres aztecas hacían a sus hijas cuando entraban en la pubertad. La acción de enderezar los corazones: Neyolmelahualiztli, es comparada en sus semejanzas y diferencias con el rito católico de la confesión, por Alberto Estrada Quevedo, quien además, basándose en textos del Códice Florentino y dos glifos del Códice Borgia, infiere que la confesión se hacía a una dualidad masculino-femenina formada por Tezcatlipoca y Tlazoltéotl, y no sólo a Tlazoltéotl, como se creía. Selma E. Anderson describe el origen mítico del maíz. Y Jorge Alberto Manrique entresaca de los textos de Sahagún que se refieren a los amantecos o artifices de la pluma, pintores y cantores, tres palabras que considera que indican la finalidad del arte náhuatl: introducir a la divinidad en las cosas.

J. E. R.

